

Francesc Torralba: «MÁS QUE NUNCA, NECESITAMOS TENER ESPERANZA»



En un momento en que el mundo está sumergido en el desencanto, este filósofo nos propone una hoja de ruta para recuperar la confianza en el futuro



TRES PILARES PARA DESARROLLARLA

Según el profesor Torralba para aumentar la esperanza necesitamos: **PACIENCIA.** «Vivimos en la cultura de la inmediatez que no tolera la espera. Pero, para sacar adelante cualquier proyecto personal, familiar, social o empresarial, hay que confiar en que madurará con el tiempo y que uno aprenderá de los errores durante el proceso», señala el filósofo.

FUERZA INTERIOR. Se trata de la fortaleza que consiste en saber afrontar las contrariedades y aprender de ellas. «Es otra virtud cardinal. Nadie quiere fracasar, pero el fracaso llega. Nadie quiere experimentar una ruptura de una pareja, pero, a veces, sucede. La pregunta a responder es: «¿qué puedo aprender de esta experiencia?». Sin embargo, hoy estamos ante la generación de cristal que se rompe ante el mínimo obstáculo, un suspenso, una crítica, etc. Si sus expectativas no se cumplen, se hunden», sigue.

COMPROMISO. Otro ingrediente que no puede faltar es la implicación. «La espera es pasiva, pero la esperanza, aunque no tengas la certeza de que tu proyecto vaya a salir, va unida a la acción», concluye el escritor.

Cambio climático, precariedad laboral, falta de vivienda, conflictos bélicos... Es fácil sentirse perdido en estos tiempos tan llenos de incertidumbre. «Soy profesor en la universidad de casi 200 alumnos de entre 18 y 22 años. ¿Qué constato? El clima es de escepticismo e incluso de desesperación. Y no les faltan argumentos: dificultad para conseguir un metro cuadrado en Barcelona, Madrid, Valencia o Sevilla; para tener un contrato digno y estable, pero también para disfrutar de una relación que no sea volátil. Por si fuera poco, los efectos del cambio climático se aceleran sin que se tomen medidas para frenarlo. Los jóvenes sienten que no hay futuro. De hecho, la mitad de ellos no contempla tener hijos y vive en un "carpe diem" desesperado», explica Francesc Torralba, doctor en filosofía, teología y pedagogía, y autor de más de un centenar de libros.

PRONTO: ¿De ahí surge su última obra «Anatomía de la esperanza»?

FRANCESC TORRALBA: Fue este panorama el que me estimuló a desarrollar un discurso, que no fuera ni ingenuo ni inocente, para introducir elementos de confianza en cada uno de nosotros. Más que nunca, necesitamos tener esperanza.

P: ¿Y qué podemos hacer?

F. T.: Lo que nos salva del vacío, una experiencia tristemente muy común, es tener un propósito vital. De lo contrario, nos limita-

mos a consumir, a entretenernos. El drama actual es que muchos ni siquiera se atreven a soñar con un proyecto, porque no confían en que pueda hacerse realidad. Se necesita esperanza para empezar una carrera, un negocio, crear una familia, etc. Saber que habrá obstáculos y, aun así, persistir.

Recuperar el nosotros y la lucha compartida

P: Dice que la esperanza se genera en comunidad.

F. T.: Los vínculos y la ayuda mutua son imprescindibles para vencer los obstáculos que inevitablemente encontraremos por el camino y por el mero hecho de vivir. La esperanza no es un valor unipersonal, sino comunitario. Todos los fines nobles han requerido la implicación de un gran número de personas. El sufragio universal que permitió votar a la mujer se logró porque muchos esperaron que pudiera hacerse realidad. Lo mismo ocurrió en la conquista de los derechos de los trabajadores, el acceso para todos a la educación o a la atención sanitaria. Sin lucha compartida, los horizontes no pueden alcanzarse.

P: Sin embargo, reina el individualismo.

F. T.: Es algo que yo critico enormemente. Estamos ante la muerte del «nosotros» derivada de una hipertrofia del yo. Y cuando hay individualismo, es fácil desesperarse. Uno



EL ANCIANO QUE RECUPERÓ LA ILUSIÓN DE VIVIR

El caso de un hombre, que vivía en un geriátrico y, desesperanzado, decidió dejar de comer, conmueve particularmente. «Se había cansado de la vida. La psicóloga estudió su vida para averiguar cómo motivarle y se dio cuenta de que le encantaban las flores. Entonces le pidió que, por favor, ayudara en el jardín», cuenta Torralba.

Él aceptó y le preguntaron cómo podrían lograr que unas semillas crecieran, dónde plantarlas y cuál era el mejor momento para hacerlo. Poco a poco, se fue animando. «Sentía que su vida ya no era estéril y empezó a tener hambre y a comer. Este hombre de 95 años sigue vivo gracias a la ilusión de poder remover la tierra y de cuidar los geranios.



Tiene su proyecto que, cuando nos falta, nos hace caer en el vacío y el cansancio de existir», cuenta el autor de «Anatomía de la esperanza».



«Estoy convencido de que el fracaso enseña más que el éxito»

«La comunidad, los vínculos y la ayuda mutua son imprescindibles para vencer los obstáculos que, inevitablemente, encontraremos por el mero hecho de vivir»



cae en la soledad, el aislamiento, la desconexión y, ante la adversidad —una enfermedad, un fracaso afectivo o la muerte de un ser querido—, se hunde. **El individualismo nos hace frágiles y vulnerables.** Vivimos en una sociedad sin esperanza porque hay mucha soledad no deseada tanto entre los adolescentes y jóvenes, como entre los más mayores. Compartir y expresar el dolor nos sostiene, y todo proyecto requiere solidaridad y cooperación.

P: Puntualiza que tener esperanza no es practicar un positivismo a ultranza.

F. T.: Me interesa distinguir la esperanza del «todo irá bien» o del «tienes que ser positivo». La esperanza no es ingenua, contempla que habrá dificultades y, aun

así, se continúa luchando. Me da la sensación de que el pensamiento positivo respira una mirada naïf que se ciñe al «habrá un final feliz». Pero no sabemos qué ocurrirá a nivel personal, familiar ni tampoco a nivel mundial. No tenemos ni idea de si vendrá otra pandemia, otra guerra o de si nunca sucederán. El futuro es incierto. No obstante, la esperanza invita a confiar en que, con esfuerzo, creatividad y la ayuda de los demás se abrirán posibilidades y saldremos adelante.

P: Hay que encontrar la grieta en el muro.

F. T.: Esto es clave. A lo largo de la vida, encontraremos muros que no sabremos cómo saltar. A veces por no saber movernos o cómo adaptarnos. Sin embargo, si cambias, puedes encontrar una grieta para atravesar la pared. El drama es la rigidez y la obstinación. Si eres flexible y creativo, puedes entrever otras vías de paso y atravesar el muro.

Despertar y transformarse

P: ¿Varía la esperanza en función de la etapa de la vida en la que uno está?

F. T.: Aristóteles asegura que los jóvenes son personas esperanzadas por naturaleza, porque imaginan un largo futuro por delante para desarrollar sus ilusiones. Pero en el aula tengo a un ejército de jóvenes desencantados. En contraste, encuentras a gente mayor llena de proyectos. Uno de mis alumnos de doctorado, con 88 años, tiene la esperanza de poder defender su tesis dentro de tres o cuatro años. Tras jubilarse, ha estudiado filosofía y ahora cursa el doctorado. Hay personas que en la madurez viven esperanzadas con la idea de aprender un idioma, poder bailar, nadar o de iniciar una relación, mientras otros quedan anclados en la añoranza de lo que fueron o tenían y ya no es.

Se trata de saber cómo transformarse y aprender a transitar hacia otro proyecto, sean los nietos, un voluntariado social u otra relación. **Cuando hay un proyecto, surge la vida. El problema es cuando uno deja de esperar.**

P: ¿Hay personas que se motivan más fácilmente que otras?

F. T.: Es el gran enigma. Personas de 95 años están llenas de proyectos, y otras se evaden enganchándose a las redes, al alcohol, al juego o a las drogas.

P: ¿Y si tu proyecto fracasa?

F. T.: Estoy convencido de que el fracaso enseña más que el éxito. Cuando sucede, uno debe preguntarse: «¿Qué puedo aprender de esto?». Perder, fracasar, frustrarse o recibir críticas es algo que nadie desea, pero nos hace mejores. Comporta un despertar, una transformación. También en el caso de una enfermedad o una ruptura uno debe cuestionarse: «¿Debo cambiar ciertos hábitos? ¿He de tratar de otra manera a las personas para no quedarme solo?».

P: Tras la muerte de un hijo como la que ha vivido usted, ¿se puede abrazar de nuevo la esperanza?

F. T.: No me considero un ejemplo para nadie. Pero en mis libros «No hay palabras» y «La palabra que me sostiene» intento explicar mi vivencia del duelo, el aprendizaje que supuso para mí y cómo construir un proyecto y darle sentido a la vida tras una experiencia tan traumática e infinitamente dolorosa como la muerte de un hijo. Cuando uno vive un duelo así, tiene que ser capaz de compartir su sufrimiento y aquello que ha constituido un bálsamo para él. ■

TEXTO: SILVIA DÍEZ
FOTOS: FRANCESC TORRALBA E ISTOCKPHOTO

PRÓXIMA SEMANA. «Síndrome de la vida ocupada»: ¿Y tú? ¿Cuándo desconectas?